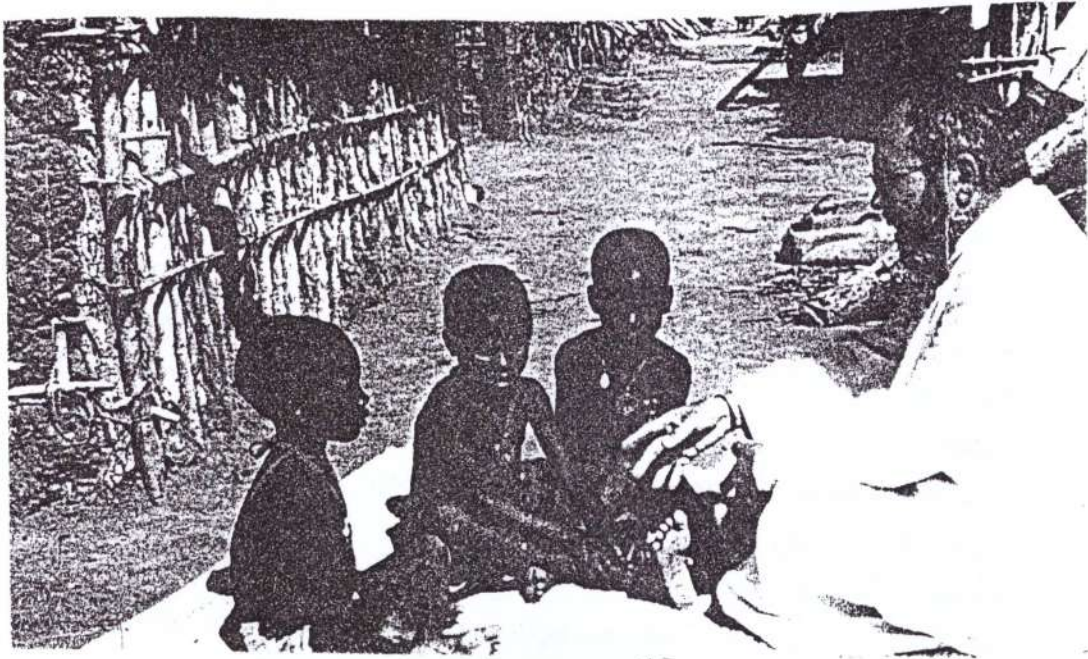


El es nuestra paz. El derribó en su carne



A Benedicto, nuestro hermano
La gracia y la paz de Jesús, el Señor
el Hijo amado del Padre, único Hermano mayor de todos.

Cuando el Señor no pone su Mesa, pascela paz entre garse
El mismo a si mismo, en todo su Amor, en la palabra,
que se hace pan y copa compartidor, nos sentimos
íntimamente unidos a aquellos cielos y aquella tierra, aquellos
pueblos y aquellos senderos, a aquellos gritos y aquellos cantos,
a aquellos gemenos y a aquellos brachos. Un mismo Padre, un
mismo Hermano mayor, un mismo Espíritu, un mismo evangelio,
un mismo pan y una misma copa. En las entrañas del Señor,
posar a nuestras entrañas. Os sentimos, en verdad, comensales,
en la misma mesa, compañeros en la misma andadura

Cuando nos llegan las palabras y los hechos de la
reencarnación, que nos regalais de vez en cuando y que
ponemos junto a nuestra mesa, comprendemos el instante
de la misma del evangelio, que estamos viviendo, aquí-desde-
allí, allí-desde-aquí. El muro de división y la cadena de
la opresión. Arriba y abajo del muro, todos armados con
la mano cerrada. Unidos en la misma piel de la sangre
vertida. Hermanos, que al hacernos enemigos, para abrirnos
a los hermanos, nos suicidamos al tiempo a nosotros
mismos,

El muro que nos dividía, el odio, mediante su cruz Af. 214-18

Pero este muro del pecado comunitario y cósmico, parte 7
vuelve al muro del pecado personal, germinado en nuestros corazones
en la idolatría, que se trata ambición, en la desobediencia, que se
hace asesinato. Comprender mejor bien aquellas palabras que nos en-
nastan. En los poblados necesitan pan y escuela y medicinas, pero
antes que todo necesitan el "evangelio de la paz". El Hijo nacido, el cruce-
ficado Señor a la gloria es nuestra paz. El que destruye en su
cuerpo el muro que nos separa. Su sangre vertida es el sello y
el don de la redención y la liberación, alta reconciliación y la
solidaridad, de la nueva creación, absoluta gracia, entre nosotros,
última plenitud. Si fuéramos que reformar el escenario, podría-
mos desplazar el muro y las cadenas, sin arrancarlos. Pero si
es el día de la Gracia, la germinación victoriosa de la nueva
creación, impatan los germines. el prado de grano de trigo
sembrados en los mismos lugares del Señor, para los cielos
nuevos y la tierra nueva, en que habite la justicia. El cultivo
de nosotros, la ester extendida, la palabra y el pan, una
sevilla siempre, un poco de fermento. Y allí unidos ya
ahora aparece y avanza la luz del Reino del Hijo del hombre,
cuya se secarán todas las lágrimas.

¿Cómo expresar en un gesto sencillo, nuestra comunión
de vida, de dones y de bienes, en el corazón de la iglesia
y del mundo, en este hora de gracia? ¿Podría ayudar
nuestro trato al pan, para que el Nuevo Testamento, en la
lengua indígena de los poblados, pasara a manos de los
catequistas en la mesa del Señor, puesto a los últimos de los pobres
¿Cómo podríamos ofrecer un día el sencillo evangelio, que
fuerza palabra y ritual para el Misterio de Cristo, en el día
litúrgico de su gracia? No dejar de colocar alguna palabra
y algún ikono de los hermanos más pequeños. Nosotros
no vemos también en la orilla de arriba del muro, que el
corazón cerrado y los manos manchadas de sangre. ¿Cuánto
deberían volver a ser niños, pobres de corazón, que entien-
ciden en fe, colga en el cuello del Señor y en las
manos vacías y los ojos descaídos. ¡Bajar al último de los
últimos lugares, en los niveles del Señor, en su discípulo,
en su abandono, en su desolación, para que aparezca
el en la gratitud de la última hora, para toda la universalidad. El
todo en todos, ¡que sean todos!

Así nos por el
Tornejo. Así nos por el
debermos
justos